

ESCALA 1/25000

Uno de los lujos que el Caminante suele permitirse en sus viajes es llevar mapas lo más detallados posibles. A la planificación de la ruta que piensa seguir, basada principalmente en el trazado de antiguos Caminos a Compostela, le sigue la adquisición de planos que le aporten la mayor cantidad posible de datos. Sus rutas no acostumbran, salvo coincidencias con tramos de los Caminos que comienzan a competir con el tradicional Camino Francés, a estar marcadas con las familiares flechas amarillas, así que, de esta manera, dice encontrarse más tranquilo a la hora de marcarse diariamente, a la vista de la realidad del terreno, caminos que le permitan abandonar las carreteras en que se han convertido muchos de los caminos, cañadas, veredas, cordeles y demás vías de comunicación que existían en tiempos pretéritos.

La verdad, dice el Caminante, que existen carreteras vecinales que son una delicia. Son cómodas, no existe peligro de perderse por no hacer una acertada lectura del plano teniendo como único peligro la circulación de tractores, si atravesamos tierras de cultivo, y esa típica imagen del labriego que, tocado con un aparatoso casco multicolor, protegido por antiguas gafas de motorista y a caballo de un ruidoso ciclomotor, destroza con su desproporcionado petardeo el grato silencio de la mañana.

Como en todos los órdenes de la vida existen los puristas para los cuales un camino que se precie debe ser, por lo menos, incómodo y de piso lo más irregular posible. Así, dicen, que se fortalece los tobillos. Allí quería él ver a los que así pensaban. En el pueblo donde había pernoctado la noche anterior preguntó a la guardia civil si, el camino que figuraba en el mapa como carretera era eso, carretera vecinal. El guardia de puertas lacónicamente le contestó que sí, pero añadió que era un camino muy malo. Contestóle el Caminante que no era para recorrerlo en coche sino a pie. Por eso contestó el guardia, por eso.

Mas tarde tuvo ocasión de corroborar el –por eso– del guardia. Dieciocho kilómetros, ocho de subida y diez de bajada en aquel proyecto de carretera al que se le habían dejado la base de predruscos como puños sin otro recubrimiento ni de tierra ni asfáltico, fortalecieron convenientemente los tobillos del Caminante.

En este discurrir de pensamientos había llegado a una pequeña localidad donde, las chapas anunciadoras de diferentes refrescos y cervezas, señalaban inequívocamente la existencia de un bar y, dada la hora y el trecho ya caminado parecía juicioso intentar comer –de tener–.

La entrada en estos pequeños bares era, siempre, verdaderamente espectacular. En la puerta del local pendía, generalmente, una de esas cortinas que impedían, inútilmente, a la vista de las numerosas que solían encontrarse en su interior, la entrada de moscas en el local. Lo que si impidieron a conciencia fue la entrada del Caminante quien, ya en el centro del local luchaba, aún, por zafarse de las tiras de cuentas de la cortina. Una vez desembarazado de las tiras de abalorios y dada la diferencia de luminosidad entre el fuerte sol del exterior y la penumbra del local, se encontraba momentáneamente cegado.

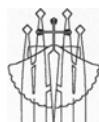
Pasados ya unos instantes pudo entrever los bultos de aproximadamente una docena de personas que, con expectación, habían sido testigos de la pugna entre cortina y Caminante. Sostenían aún en alto, tanto un vaso de vino, como una carta o alguna ficha de dominó cuando el Caminante, recuperada su compostura, esbozó tímidamente un –buenos días–.

Esto hizo que los parroquianos volvieran a sus quehaceres anteriores al mismo tiempo que, con un murmullo generalizado, parecían dar la bienvenida al recién llegado quien sin quitarse de encima la mochila se acercaba a la barra del bar preguntando al propietario la posibilidad de comer algo –sencillo–. Después de una conveniente observación el dueño del bar, quitándose de la comisura de los labios el palillo que masticaba, asintió, añadiendo que una ensalada y carne guisada recién preparada, eso, si que le podía ofrecer, más alguna fruta de postre, pero que de otros lujos ni hablar.

Habiendo asegurado la pitanza desembarazose de mochila, sombrero y bordón, eligió una de las mesas libres y esperó a que el propietario, que se aproximaba provisto de un mantel de papel, cubiertos, vaso y una botella de vino, preparara la mesa.

La concha que pendía visible de la mochila del Caminante provocó los comentarios a los que nuestro amigo estaba ya acostumbrado. ¿Por aquí se puede ir a Compostela? ¿No está por el norte el Camino de Santiago? Y, mientras se retiraba a buscar la comida, el tabernero hablaba para sí que, nunca habían visto en el pueblo que, un peregrino pasara por allí.

Dejó que los efectos adormecedores del primer vaso de vino peleón se extendieran por todo su cuerpo, mitigando el cansancio, y entre



tanto, se dedicó a observar discretamente a los parroquianos quienes, en su mayoría, con las boinas bien ceñidas a sus cráneos jugaban entre grandes gritos, sus partidas de cartas o de dominó.

Cuando el dueño del bar volvió con la comida el Caminante trató de explicarle aquello de que, lo mismo que a Roma todos los caminos pueden llevar a Compostela. Visto así, respondió el tabernero, puede que tenga usted razón, pero, insistió en el hecho de que era la primera vez que, en el pueblo veían pasar a un peregrino a Compostela.

Terminada la comida, provisto de su copa y de sus planos, se acercó otra vez a la barra. Pagó la consumición, extendió uno de los planos en el mostrador y al cabo de un rato preguntó al dueño, mientras le mostraba el plano si, para llegar a Cosquillejas del Marqués le sería más conveniente irse por la carretera o por alguno de los caminos que en el mapa se dibujaban a través del monte. Aparentemente por los caminos se ahorra unos kilómetros pero siempre le quedaba la sospecha de que existieran atajos sin trabajos...

El dueño cogió el mapa como si de un cuadro se tratara, alargó los brazos, se pasó el palillo de una comisura a otra y aclaró que él, la verdad, de planos no entendía y llamó a uno de los parroquianos al que le hizo conocedor de la pregunta hecha por el Caminante.

Es de dominio público que la gente del campo goza de una vista excepcional lo cual no es exactamente cierto, sencillamente es que no llevan lentes, así que el segundo consultado repitió la escena del estiramiento de brazos para conseguir ver, repitió eso de que –él de planos no entendía– pero si que aseguró, categóricamente, que aquel plano no estaba bien. Añadió que, claro que a Cosquillejas del Marqués se podía ir por el bosque, pero que era muy difícil si no se conocían los caminos y repitió, que aquel mapa no estaba bien pues no veía donde estaba señalada la Fuente del Piojo, o, lo que era más importante la Cuesta del Ciego. El Caminante le indicó los puntos donde figuraba la fuente, y la cuesta sin que el parroquiano consultado quedara muy convencido de la exactitud, puesta en cuestión, del mapa que tenía delante.

Poco a poco, el resto de los parroquianos dejando sus partidas, se fueron acercando al grupo inicial y, una vez enterados de la consulta hecha por el forastero se dirigían a él en tromba. Al mismo tiempo que una infinidad de brazos señalaban diferentes puntos del horizonte, esbozando cada uno de los informantes un itinerario diferente, mientras las voces crecían y crecían hasta convertir la discusión en un

verdadero tumulto.

Como quiera que el Caminante había dejado de ser el punto central de la discusión se retiró, éste, a un a esquina de la barra saboreando lentamente la copa de orujo, mientras arreciaba la discusión de los parroquianos ajenos a esas alturas a la presencia del forastero quien, una vez terminada su copita, recogió el plano motivo de tan enconada discusión sobre la geografía local, recogió, asimismo sus pertenencias y salió lentamente al exterior sin que nadie prestara la más mínima atención a su salida.

Poco a poco se fue calmando en el interior del bar la discusión provocada por la consulta del forastero volviendo, lentamente, a ocupar cada uno de los jugadores su lugar en las interrumpidas partidas.

Uno de los parroquianos se dirigió a uno de los de más edad preguntando respetuoso: señor Nemesio ¿ha oído usted decir a ese forastero que quería llegar hasta un sitio que se llama Compostela, o algo así? ¿Usted cree que podrá llegar con esos planos? Mirole quedamente el señor Nemesio y sentenciosamente contestó: pero pedazo de alcornoque, ¿Sabes tú donde queda Compostela? ¿Sabes siquiera donde queda Galicia? No señor Nemesio, contestó el zagal. Pero se me hace que muy lejos. ¡Pues entonces! Le espetó el señor Nemesio. Es que, replicó el muchacho, como llevaba aquellos planos con tantas rayas en los que, hasta la Fuente del Piojo venía escrita, yo pensé que... No discutas pedazo de tarugo ¡Qué va a llegar! ¿No has oído decir a todos que esos planos no estaban bien hechos? ¡Cómo va a llegar pues!

Ajeno a estas conversaciones y ya lejos del pueblo, el Caminante atravesaba el bosque guiado por sus queridos planos escala 1/25000 con lo que, como él mismo decía, si llegara a extraviarse, y como últimamente se rumiaba la idea de acompañarse de un GPS sabría exactamente donde se encontraba perdido.

Para que la dicha fuera perfecta en ese hipotético evento sólo hacía falta que el móvil tuviera cobertura.

El amigo del Caminante

